

EL ZULIA ILUSTRADO

REVISTA MENSUAL

TOMO I.

MARACAIBO: 31 DE JULIO DE 1890

NUM. 20

Director y Editor: E. LOPEZ RIVAS

EL GENERAL

JOSÉ PADILLA

NACIÓ en la ciudad de Río Hacha el 19 de Marzo de 1778, de padres tan humildes que no pudieron proporcionarle ni mediana instrucción. Á la edad de catorce años entró como muchacho de cámara en la marina española, asistió á la batalla de Trafalgar en la que cayó prisionero y encerrado en un pontón, permaneció en Inglaterra hasta que celebrada la paz en 1808, pudo regresar á América como contra maestre del Apostadero de Cartagena.

El 11 de Noviembre de 1811 tomó parte en el pronunciamiento por la Independencia del pueblo de Gimani unido al de Cartagena.

Encargado del mando del *Paile-baot Ejecutivo*, atacó en 1814 en las costas de Tolú, una corbeta española de guerra, que conducía á Panamá al Mariscal de campo don Alejandro Hore, que iba de Gobernador de aquella plaza, con su esposa é hijos, un cuadro de oficiales y alguna tropa española. La corbeta, aunque con más artillería y tripulación que el buque independiente, tuvo que rendirse á éste con 160 prisioneros. Por esta acción, PADILLA fue ascendido por el gobierno de Cartagena á Alferez de fragata y con tal grado continuó sirviendo hasta 1815, en que se puso á órdenes del general Bolívar cuando éste bajaba el Magdalena á libertar á Santa Marta.

Durante las disensiones de Castillo y Bolívar, las autoridades de Cartagena le tuvieron preso como boliviano hasta que, sitiada la plaza por Morillo, le puso en libertad y le dio servicio el coronel Montilla, concurriendo á la heroica defensa de la plaza con el mismo denuedo que los más entusiastas patriotas.

Abordo de su buque que hacía parte de la escuadra que conducía la inmigración de Cartagena, fue de los primeros en romper la línea española que frente á la plaza pretendió impedir la salida. Logró escapar por entre los fuegos enemigos, llegó á Jamaica y se incorporó en la primera expedición que formó el Libertador en Los Cayos. Hizo en Venezuela la cruda campaña de 1816 á

campaña de 1823 en Santa Marta, Río Hacha, Cartagena y el Magdalena; servicios con los cuales prestó buena, oportuna y eficaz cooperación á los movimientos de Brion, con lo principal de la escuadra colombiana; á las de Carreño en *Pueblo Viejo* y en *La Ciénaga*; y á los de Montilla en Cartagena. Los pueblos de Río Hacha y Santa Marta quedaban libertados, á tiempo que se regularizaba la guerra, con el armisticio de seis meses acordado por Bolívar y Morillo, en Santa Ana, en Noviembre de 1820."

Rotas las hostilidades en Abril de 1821, PADILLA ocupó la bahía de Cartagena como Comandante en Jefe de las fuerzas sutiles de Colombia y no obstante tener en ella los españoles más poderosos elementos; en combinación con tropas republicanas de tierra, mandadas por Montilla, sorprendió y destruyó en la madrugada del 25 de Junio, las fuerzas sutiles del Arsenal de Cartagena, apoderándose de dos lanchas cañoneras, tres bombardas, doce bongos y una gran falúa que montaba un obús de á seis, todo bajo los fuegos de los baluartes enemigos. Como consecuencia de este triunfo se siguió la entrega por capitulación de las fortalezas de Bocachica, y por último, la capitulación de Cartagena en Octubre de 1821.

Morales era dueño de Maracaibo desde Octubre de 1822. El coronel Manuel Manrique que se había apoderado del puerto de Gibraltar en el lago, fue atacado allí por una fuerte columna de Morales y obtuvo sobre ésta un triunfo completo el 17 de Abril de 1823. PADILLA se dirigió á Maracaibo á reforzar la escuadra bloqueadora; tomó su mando en jefe, forzó la barra el 8 de Mayo y se cubrió de gloria el 24 de Julio en la memorable batalla naval de Maracaibo,¹ que dio por resultado la entrega de esta plaza y la toma de Puerto Cabello.

¹ La descripción detallada del combate naval de Maracaibo aparecerá en una de las próximas entregas de EL ZULIA ILUSTRADO.



1819, y ascendió hasta capitán de navío.

En 1820 entró á Río Hacha como segundo del Almirante Brion, hizo la campaña de Sabanilla, Barranquilla y Magdalena, y concurrió al bloqueo de Santa Marta, contribuyendo al triunfo del coronel Carreño sobre el jefe realista Sánchez Lima en la *Fundación*.

"Fueron extraordinarios los esfuerzos de PADILLA durante aquella

"El nombre del general PADILLA no volvió á sonar hasta principios del año 28, con motivo de un pronunciamiento ocurrido en Cartagena, en el mes de Febrero, de que se le hizo á él jefe, y que, según se dijo, tenía por objeto sostener la Convención de Ocaña, amenazada de ser disuelta por los partidarios de la dictadura que estaba en ciernes.

Después de algunos días de alarma en Cartagena y sus cercanías, el pronunciamiento quedó sin efecto por las providencias que dictara el comandante general Mariano Montilla.

Sospechados de nuevo conatos de revolución, lo hizo prender Montilla en su propia casa el día 1º de Abril de dicho año; le puso una guardia respetable en ella y á las seis horas lo envió para Bogotá con un jefe de toda su confianza.

La conspiración del 25 de Setiembre de 1828 se tramó con la mayor cautela, pues que hasta ese mismo día fue que el gobierno tuvo los primeros anuncios de que estallaría bien pronto una revolución; y lo supo por denuncia de Francisco Salazar, quien aseguró haber sido invitado por Benedicto Triana para entrar en una conspiración contra el Libertador.

Triana es aprehendido; pero nada pudo averiguarse en el resto del día.

Reunidos los conjurados desde por la tarde, en casa de Luis Vargas Tejada, y creyéndose descubiertos, resuelven dar esa misma noche el golpe que tenían preparado para el 28 de Octubre próximo. El golpe se da, en efecto, con la mayor audacia; y el Libertador pudo escapar de un modo que pareció providencial.

PADILLA no concurrió á las juntas de los conjurados; no podía haber concurrido, pero ni aun ponerse de acuerdo con ellos, porque desde su llegada de Cartagena estaba preso y rigurosamente supervigilado; pero dos de los conjurados quieren ponerlo en libertad esa misma noche, matando al oficial que lo custodiaba, como así lo hacen. PADILLA sale de la prisión ciñéndose la espada del coronel Bolívar que lo custodiaba y que á su paso encontró muerto; y de ahí se dedujo, que salía á tomar el mando de las tropas sublevadas. Al día siguiente se le aprehendió, hallándose en el cuartel de artillería.

Á esto estaban reducidos los cargos contra él, que como se ve, no pasaban de leves sospechas de complicidad.

Si PADILLA era cómplice, en este extravió de la pasión ó el patriotismo, que se ha llamado la conjuración del 25 de Setiembre ¿no era natural que se hubiera ocultado, ó tratado de evadir de cualquier modo su persecución? La misma confianza con que se hallaba en el cuartel

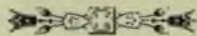
de artillería, frustrado el golpe, ¿no revela á todas luces, que su conciencia nada le acusaba?

En cuanto á PADILLA, el general Posada en sus memorias dice: "Como se ve, todas las apariencias condenaban gravísimamente al general PADILLA; y sin embargo, me consta y es un hecho, que hoy nadie duda, que en el atentado de la noche del 25 de Setiembre, no sólo no tuvo parte, sino que no supo lo que pasaba, ni la causa, hasta que su prisión fue invadida."

Sin embargo, fue juzgado breve y sumariamente, pretermitiéndose todas las fórmulas protectoras de la inocencia, por un tribunal unitario, *ad hoc*; y condenándolo al último suplicio; cumpliéndose esta terrible cuanto injusta sentencia, el día 2 de Octubre.

Este fue el triste fin del benemérito y valeroso general PADILLA, del Gran Almirante, del Néelson colombiano, como lo llamó alguna vez el Libertador de Colombia."

El Congreso de Colombia decretó en 27 de Junio de 1881, la erección en la plaza principal de Río Hacha, de una estatua de bronce del general PADILLA; dicho monumento á la memoria del héroe, se inauguró el 11 de Noviembre de 1887, con patrióticos regocijos que duraron hasta el 15 del mismo mes.



BREVE DESCRIPCIÓN

DE LOS RÍOS QUE DE LA CORDILLERA DE MERIDA CORREN AL LAGO DE MARACAIBO.

(Tomada de la obra "Die Cordille e von Mérida" del doctor W. Sievers, Viena 1888, pág. 130 á 138, y trad. por A. Ernst.)

I.

LA HOYA DEL ZULIA

I. El río *Zulia*, que en su curso superior y medio pasa por terreno colombiano, nace en las montañas primitivas al noroeste de Pamplona en el Estado Santander, ó sea en el eje de la cordillera oriental de Colombia que desde Tunja se extiende hacia la Sierra Nevada de Santa Marta. Lo forman los ríos Sulacuilla, Cucutilla y Arboledas, los cuales se reúnen aguas abajo del pueblo de Arboledas. Los dos primeros son de corriente rápida y bastante caudalosos con respecto á su elevación sobre el mar (el pueblo de Cucutilla está situado en 1.380 metros), y sus valles son debidos á la erosión de los esquistos cristalinos. Desde Cucutilla el declive va aumentando mucho: el caserío La Alianza á una hora de distancia de Cucutilla, queda en 1.105 metros, y la confluencia con el río Arboledas en 950 metros. De allí en adelante el río tiene un cauce angosto y profundo en medio de la

selva, y recibe el nombre de Zulia después de habersele unido la quebrada llamada así y el río Zalazar, algo más abajo del pueblo de Zalazar, en 800 metros sobre el mar. Nada puedo decir del curso del Zulia hacia la llanura, porque el camino deja el río y va en busca del Pedro Alonso; es sin embargo probable que el Zulia, en su curso medio entre Arboledas y Urimaco, se abra camino por la serranía cretácea que en dirección de noroeste atraviesa su cauce en la abra de Cúcuta. Lo cierto es que los ríos Zalazar y Pedro Alonso, y sobre todo el último cerca de Malpaso de los Compadres, más abajo de Santiago, rompen en grandiosos desfiladeros por las montañas de arenisca que forman la orilla de la Cordillera de Colombia.

El río Pedro Alonso es probablemente el afluente más caudaloso del Zulia superior; parece que en su curso medio atraviesa densas selvas, hasta que llega á las rasas montañas de arenisca de Santiago.

El camino de Zalazar á Cúcuta corta el río Zulia cerca del pueblo de Urimaco en 250 metros de altura; el nivel de las aguas es allí más bajo que el de los ríos Táchira y Pamplonita en la misma latitud, de manera que el cauce del Zulia resulta ser la depresión mayor de la abra de Cúcuta. En aquel punto el río tenía el 17 de Mayo de 1885, hacia mediodía mucha agua, más de 300 metros de ancho y de 2 á 3 metros de profundidad, y fue preciso pasarlo en canoa. Poco después recibe las aguas del Pedro Alonso y llega á ser un río de mucha consideración.

2. Río *Pamplonita*.—Tiene probablemente su nacimiento en los páramos situados al sudoeste de Pamplona, por donde pasa, en una altura considerable, el camino de Bucaramanga. No he visto este río sino á su salida de las montañas primitivas; al entrar en la cuenca de Pamplona (2.400 metros); allí es un torrente de pequeñas dimensiones y empieza su curso medio. Es de suponer que antes haya formado un lago en la cuenca de Pamplona, puesto que á poca distancia lo vemos hoy romper por entre las areniscas cretáceas que constituyen las montañas de los alrededores. Este desfiladero es un aspérrimo valle de erosión que por su belleza romántica y atractivos pintorescos, contrasta notablemente con los valles cortados en los esquistos primitivos de la Cordillera. La brecha termina cerca del puente de Las Mochilas y el río sigue por una parte menos escarpada de la serranía: de Pamplona hasta Las Mochilas el declive es de más de 700 metros (2.400 á 1.677 metros) por dos horas de distancia, y de este último punto hasta Doña Juana (seis horas de camino) la diferencia es de sólo 800 metros. El valle de Doña Juana es un hoyo en el que hubo antes con gran

probabilidad otro lago alpino. Más allá empieza el segundo desfiladero por las montañas de arenisca de la serranía marginal, que presenta un descenso de 150 metros en la distancia de una hora, y después de su salida de las montañas cerca de La Regadera, el río ha formado en ambas orillas extensos terraplenes de detritus. En tres horas y media de camino se llega á Cúcuta (355 metros), situada en tierra llana por donde el río corre en un valle poco profundo acompañado de numerosas haciendas de cacao. Después de Cúcuta pasa el Pamplonita por las colinas del Tasajero y aguas abajo de Ureña se reúne con el río Táchira. Su curso puede por consiguiente dividirse en las secciones siguientes:

a. Curso superior, en las montañas primitivas hasta Pamplona (2.400 metros);

b. Curso medio de Pamplona á La Regadera (2.400 á 640 metros), con dos desfiladeros por las montañas de arenisca cretácea (Pamplona á Las Mochilas, 2.400 á 1.677 metros; Doña Juana á La Regadera, 790 á 640 metros.)

c. Curso inferior de La Regadera hasta Ureña (640 á 300 metros).

3. El río *Táchira* es el tercer río principal del sistema hidrográfico del Zulia, en la línea divisoria entre Venezuela y Colombia, por la gran abra ó depresión de Cúcuta, que separa las montañas de ambos países.

Nace en el Páramo de Tamá, probablemente en más de 2.500 metros sobre el nivel del mar, y después de un curso algo torcido por entre las areniscas de la vertiente occidental del Tamá, atraviesa en un profundo valle de erosión la cadena de areniscas y calizas del Táchira occidental y de la parte oriental del Estado colombiano de Santander. Cerca del puente de Las Planadas presenta un desfiladero muy visible: el río corre aquí 100 metros más bajo que el pueblo de Las Planadas en dirección Norte por un valle lleno de vueltas, cortado entre las escarpadas rocas de la serranía que se extiende de noroeste á sudeste. De esta manera continúa hasta que llega al caserío de La Auchema, al pie occidental de la cuesta de Capote descendiendo en 5 horas desde 1.300 á 680 metros, y entra después á la estéril llanura de El Rosario y San Antonio, donde sólo en algunos puntos sus orillas se revisten de lozana vegetación y de plantaciones de cacao y caña dulce, y habiendo pasado por la última de estas ciudades, se reúne finalmente cerca del pueblo de Ureña con el Pamplonita. En todo su curso el río Táchira no tiene otros tributarios que algunos pequeños arroyos cerca de Las Planadas, y la quebrada de San Antonio, que viene del Capacho. Esta última tiene una profundidad de 80 á 100 metros y un curso muy tor-

tuoso, resultado de la dirección é inclinación de los estratos que en sus orillas presentan afloramientos de numerosas capas de carbón mineral.

El Táchira conserva su nombre después de haberse reunido con el Pamplonita, recibe más abajo de Ureña la quebrada que viene bajando de las montañas de La Trampa y del Peronilo, y desemboca cerca de Puerto Villamizar (San Buenaventura) en el río Zulia, que desde allí queda navegable para vapores.

4. El *Río de La Grita* nace en el Páramo del Portachuelo (3.250 metros) bajo el nombre de Quebrada de Porqueras, que se une cerca de Pozo Azul con otro riachuelo del Páramo del Batallón. Ambas corrientes hacen un cauce bastante profundo en el gneis de la Cordillera, y ya unidos llegan al valle casi circular de La Grita, situado como otras tantas formaciones semejantes de la Cordillera en la línea de contacto de las rocas primitivas con las del terreno cretáceo. Allí se han formado grandes acumulaciones de detritus, por donde afluyen al río varios arroyos, como v. g. del Sur el Río de las aguas calientes, del Norte el Río Aguadía, y en el extremo occidental del valle el Río del Valle ó Río Cobre, que nace en el Páramo del Zumbador y ha excavado su angosto cauce en los estratos de pizarra arcillosa. El Río de La Grita tropieza más abajo con la serranía transversal de Seboruco, y parece probable que haya habido allí un lago, antes de que la formación del desfiladero de La Quinta permitiese la salida de las aguas represas.

Hasta La Quinta (1.130 metros) se extiende el curso superior del río, uno de los valles más hermosos y mejor cubiertos de bosques en toda la Cordillera. Conozco el curso medio del río de La Grita sólo hasta Seboruco (840 metros): es un valle de erosión en la arenisca del terreno cretáceo que continúa sin duda hasta el punto donde el río sale de las montañas. Allí principia su curso inferior que termina en la desembocadura al río Zulia cerca del puerto de La Grita.

El río de La Grita recibe más abajo del desfiladero de La Quinta el río Venegará, que nace en el portachuelo del Palmar, al norte de La Grita y la Quebrada Lobaterita, cuyas cabeceras se hallan en el Zumbador, Angarabeca y Machado.

Después de haber recibido todos estos afluentes, el río Zulia corre en dirección Norte por la cenagosa selva virgen de la llanura á la que ha dado su nombre, se reúne cerca de Encontrados con el Catatumbo y el río Tara, es navegable por muchas leguas para vapores, y cae finalmente en la Ensenada de Catatumbo del lago de Maracaibo.

PÉCARIS Ó PÁQUIROS

(VÁQUIROS)



Los váquiros están caracterizados por un sistema dentario de cuatro incisivos en la mandíbula superior y seis en la mandíbula inferior, un colmillo y seis muelas de cada lado de cada mandíbula, por todo, treinta y ocho dientes; los dientes y las muelas se asemejan á los del marrano; pero los colmillos son más pequeños, tienen una forma ordinaria y no salen de la boca. Los lomos presentan una abertura glandulosa muy desarrollada que secreta un humor viscoso y fétido. Están casi desprovistos de cola y carecen de dedo externo en las patas traseras; los dedos intermedios son más grandes y tocan con el suelo. En fin, los grandes huesos del metacarpo y los del metatarso están soldados entre sí en una especie de cañón. Por este último carácter, los váquiros parecen formar el paso de los paquidermos á los rumiantes; de éstos se aproximan también por la estructura de su estómago que está dividido en tres bolsas por dos cuellos ó estrecheces de manera que semeja el estómago triple que le han atribuido algunas veces. El pelaje de estos animales está formado por cerdas bastante largas en el espinazo, y cada vez más cortas á medida que se retiran de él; estas cerdas son más gruesas que las de los marranos y de tal rigidez que se las ha comparado con las del puerco-espín. Las formas de los váquiros son rechonchas y cortas. El orificio glanduloso de que hemos hablado fue confundido en otro tiempo con un canal urinario, lo que hacía decir que estos paquidermos eran marranos que orinaban por el lomo; también han creído algunos que era otro ombligo de lo que provino el nombre científico *dicotyles*, dado á este género. Por lo demás, los váquiros presentan tanto por su carácter como por sus costumbres la mayor analogía con los marranos.

Los váquiros habitan la América Meridional, frecuentan sobre todo las selvas y viven en familia en los huecos de los árboles; se les encuentra con más frecuencia en los lugares bajos y pantanosos que abandonan en la estación de las lluvias para retirarse á lugares más elevados. Se alimentan de frutas silvestres, de granos y de raíces que buscan arando la tierra con su trompa; se dice que comen también reptiles pequeños (serpientes, sapos, lagartos) después de haber tenido la precaución de desollarlas con las pezuñas. Su olfato es muy fino y su respiración poderosa. Manifiestan su alegría con un ligero gruñido; cuando se sorprenden ó se asustan soplan como el jabalí; pero cuando se irritan lanzan un grito agudo, más fuerte y

más estridente que el del marrano, se le erizan las cerdas y la secreción se hace más fuerte y más fétida.

Los váquiros viven en bandadas más ó menos numerosas, guiadas por un jefe que siempre es el más fuerte. Cuando se ven atacados ó que les quieren arrebatarse sus hijos, lanzan un gruñido de llamada y se prestan mutuo socorro, poniendo los pequeños en el centro; se defienden con valor, hieren á menudo á los perros, y aun los cazadores sacan á veces dentelladas.

Los váquiros se reproducen en todas las estaciones del año: la hembra pare cada vez dos lechoncitos que no tardan en seguir á su madre, de la que no se separan sino cuando son adultos.

Estos animales se domestican fácilmente, sobre todo, cuando se les captura jóvenes, y hasta llegan á hacerse familiares, como se ha visto con algunos, criados en el *Museum*, que jugaban libremente con los perros.

La carne de váquiro, sobre todo, la de los jóvenes, es un buen alimento: es blanca, pero más seca y con menos tocino que la de los marranos; sería sin duda mucho más sabrosa si se cebaran estos paquidermos, después de castrados.

Los cazadores recomiendan separar del cuerpo del animal en el acto que se le mata, la glándula dorsal y aun los órganos sexuales del macho, sin cuyas precauciones la carne adquiriría un gusto desagradable.

Este género comprende dos especies: el váquiro de collar en cuyas cerdas altercan el negro y el blanco sucio de lo que resulta un tinte gris oscuro uniforme, y que tiene además un collar blancuzco. El váquiro *tajasú* se distingue por un pelaje que es todo oscuro, casi negro, con una lista angosta muy blanca bajo la mandíbula inferior. Ambas especies tienen la misma forma y las mismas costumbres, aunque los váquiros *tajasú* viven en partidas más numerosas y sus emigraciones abarcan más extenso radio.

Los Filibusteros en el Lago

LA época de los filibusteros, como muy bien ha dicho don Arístides Rojas, es una de las páginas inéditas de nuestra historia patria.

Para conocer las depredaciones de los filibusteros en nuestros propios puertos, tenemos que ocurrir á los cronistas franceses, ingleses y holandeses, cuyas obras, raras y por consiguiente costosas, constituyen la única fuente que puede suministrar al investigador, esos preciosos pormenores que dan á la historia el palpante interés de una novela conmovedora y

trágica. Ni los historiadores nacionales, ni los cronistas españoles, ni los restos informes de nuestros archivos, ni aun la misma tradición, nos han transmitido nada que valga la pena de tomarse en cuenta á ese respecto.

Tuvo en todo tiempo nuestro lago la desgracia de excitar con la riqueza de sus poblaciones ribereñas la avaricia de aventureros y piratas: desde las depredaciones de los tudescos en nombre de la conquista, hasta los filibusteros del siglo XVII, y desde éstos hasta los aventureros de las guerras civiles, con procedimientos semejantes, el filibusterismo ha tenido una especie de encadenamiento histórico en nuestras aguas.

Aun en la batalla naval á cuyo glorioso estruendo unió Maracaibo su nombre para siempre, se batieron por nuestra libertad con valor extraordinario marinos extranjeros que habían puesto su cabeza á salvo bajo la sacra bandera de Colombia.

Al interés que siempre despertó en nosotros el estudio de aquella época y de aquellos hombres, se agrega el más vivo aún de las huellas de sangre y desolación que dejaron en nuestras orillas, de las crueldades espantosas que cometieron con nuestros antepasados, del puesto en fin que á los filibusteros corresponde en nuestra historia. Dímonos por lo tanto desde hace algún tiempo á solicitar con ahinco en el extranjero cuantas obras históricas tratan del asunto, y en posesión ya de buen número de ellas, nos proponemos presentar á los lectores de EL ZULIA ILUSTRADO no la narración aislada de los saqueos de Maracaibo y Gibraltar, sino la historia de los jefes filibusteros de cada expedición. Así podrán nuestros lectores conocerlos por las hazañas que aun antes de caer sobre Maracaibo ya les habían dado infernal renombre; y apreciar por consiguiente mejor las verdaderas proporciones de aquellas catástrofes.

Y luego ¿á qué zuliano no le interesará saber la suerte que corrieron aquellas fieras con forma humana, después que sus velas maldecidas se perdieron en el lejano horizonte?

Tales consideraciones nos han inclinado á conservar la forma biográfica de la obra de Exquemeling que traducimos, forma preferible en nuestro concepto á la narración de episodios aislados; pero como el historiador era también filibustero ó poco menos, aunque narra con gran exactitud, como testigo ocular que fue de casi todos aquellos sucesos, atenúa grandemente los reflejos infernales de aquel cuadro, y aun incurre en omisiones de importancia. Hemos tratado de subsanar estos inconvenientes, completando con notas de otros cronistas la narración de Exquemeling, sin alterar en nada el pensamiento del autor.

HISTORIA DE L'OLONNAIS, JEFE DE FILIBUSTEROS

JUAN DAVID NAU, célebre jefe de filibusteros generalmente conocido con el nombre de *L'Olonnais*, era oriundo de un pueblito del Poitou (Francia) llamado *Sables d'Olonne*.

Nació en 1630, y á los veinte años salió de Francia por el puerto de la Rochela contratado por un colono de las Antillas, quien lo llevó á aquellas islas y lo tuvo á su servicio por tres años.

Durante ese tiempo, la fama de los bucaneros de la costa de Santo Domingo llegó con frecuencia á sus oídos, y le sedujo á tal punto aquel género de vida, que tan luego como fue dueño de sí mismo, se les reunió en la primera oportunidad y tomó servicio con ellos, llegando á ser uno de los más famosos bucaneros.

A poco andar se fastidió de aquella vida y se dedicó á la piratería con los aventureros de la Tortuga, demostrando desde su primer viaje tanta vocación para el oficio, y tal habilidad, que sobrepujo á todos los demás: sus compañeros le escogieron en breve como jefe y le dieron un barco con el cual hizo algunas presas.¹ Todo lo perdió sin embargo, y Mr. de la Place, gobernador de la Tortuga, le dio otro buque con el cual no fue más afortunado, porque después de haber hecho algunas presas de poco valor, lo perdió también; y tuvo además la desgracia de caer en manos de los españoles, quienes mataron á casi toda su gente, quedando él mismo herido, y prisionero en Campeche los muy contados que sobrevivieron.

L'Olonnais, para salvar su vida, se embadurnó de sangre y se tendió entre los muertos:² cuando los españoles se marcharon, se levantó, se lavó en el arroyo vecino, se puso los vestidos de un español muerto (pues se habían batido) y se aproximó á la ciudad, donde logró seducir algunos esclavos, prometiéndoles la libertad

¹ «La ferocidad natural de L'Olonnais casi nos prohibe clasificarlo entre la raza humana. Montbars, cuyo odio rayaba en frenesí, era impelido solamente por su indignación contra los opresores y su simpatía por los oprimidos . . . pero ningún sentimiento medianamente humano, ni una sombra de intención honrada inspiró jamás al monstruo de L'Olonnais. Montbars era un demonio con el juicio trastornado; L'Olonnais un archidemonio sin alteración alguna en sus facultades.»

BANCROFT - *History of Central America*. Vol. II. pag. 456.

² «Siende dat'er oock geen quartier voor hem over was, alsoo hy't niet ontloopen konde, door dien hy alreede geguetst was, bemorste hy hem met bloedt, en kroop onder de dooden die daer lagen.»

EXQUEMELING - *Americaensche Zee-Overtoeren* - 48.

«Viendo que no había cuartel y que no podía huir, puesto que estaba ya herido, se embadurnó con sangre y se arrastró entre los muertos que yacían allí.»

EXQUEMELING - *Piratas Americanos* - p. 48.

si le obedecían, lo que aceptado por ellos, tomaron el bote de su amo, lo llevaron al punto donde L'Olonnais les esperaba, y pocos días después llegaban á la Tortuga. Entretanto, los españoles que creían muerto al temible pirata, celebraban con regocijos públicos el haber salido de un hombre que no les daba tregua ni cuartel.¹

Después de su llegada á la Tortuga, L'Olonnais cumplió la promesa que había hecho á los esclavos, poniéndolos en libertad; y dedicó todo su pensamiento á vengarse de la crueldad con que los españoles habían degollado á sus compañeros de naufragio, aguijoneado este deseo de venganza por el no menos vehemente de pillaje.

Resolvió pues, irse en su bote á la costa setentrional de la isla de Cuba, y situarse frente al puerto de la Boca de Caravelas al que se dirijian las embarcaciones que cargaban cueros, azúcar, carne y tabaco para la Habana, ciudad capital de la isla en cuyo puerto se abastecían de esos artículos las escuadras que seguían rumbo á España.

Advertidos algunos aventureros de su propósito se le unieron en número de veintinueve, sin contar el cirujano; los hizo embarcar con cuantas municiones pudo conseguir, y á los pocos días estaban en las costas de Cuba donde fueron descubiertos por algunos botes de pescadores, uno de los cuales fue apresado y sirvió para que los aventureros se acomodaran mejor, once en cada bote,² y se retiraron á las pequeñas islas que se extienden á lo largo de aquella costa con el nombre de *Cayos del Norte*.

Los dos botes se pusieron luego á cierta distancia, pues cada uno de ellos se bastaba para apresar una de aquellas esperadas barcas cuya tripulación no excedía generalmente de

¹ «Pero el diablo no abandonó á su sumo sacerdote, dice Bancroft. Terrible era antes del desastre; pero sus hechos posteriores fueron aún más atroces. . . . Descuartizaba cautivo tras cautivo y apagaba su sed con la sangre que corría por su sable ya caliente. Arrancó corazones humanos y se los mascó, é hizo morir á sus prisioneros de hambre y sed. Si el informe arrancado á un español entre las agonías de horrible tortura no resultaba satisfactorio, se le arrancaba al infeliz la lengua de raíz. Verdaderamente las crueldades de los conquistadores estaban recayendo sobre sus descendientes!»

BANCROFT - obra citada.

² Aunque el autor no dice qué suerte corrieron los infelices pescadores que tripulaban el bote apresado, es de suponerse; pues el sistema de los filibusteros en casos tales era decapitar á los prisioneros ó abandonarlos en una isla desierta donde morían de hambre y de sed.

quince á dieziseis hombres desarmados.

Después de algunos meses de esperar inútilmente las barcas (aunque era la época en que acostumbraban aquéllas efectuar sus viajes) cayó en poder de los piratas otro bote de pescadores cuyos tripulantes les dijeron que se había descubierto su propósito, por lo que ninguna embarcación se atrevía á salir del puerto ni á entrar en él; que por fin los interesados en el comercio habían presentado sus quejas al Gobernador de la Habana, rogándole pusiera término al mal con la destrucción de los *ladrones*; que el Gobernador había enviado una fragata ligera armada con diez cañones y ochenta hombres de los más robustos que se consiguieron en la ciudad, quienes juraron al partir que no darían cuartel á nadie. Al saber esto, L'Olonnais dijo á sus compañeros: *Bueno, hermanos míos, pronto tendremos un buen barco.*

Se mantuvieron desde entonces en acecho, y pocos días después divisaron el buque anunciado que an-

ta, echaron al agua con la mayor velocidad sus botes y le dieron abordaje. Los merdados tripulantes no opusieron resistencia alguna.

El jefe pirata hizo encerrar en la cala á los rendidos, y remató á todos los heridos. Durante aquella carnicería, un esclavo se arrojó á los pies de L'Olonnais y le dijo en su lengua: *Señor capitán, no me matéis que yo os diré la verdad.* L'Olonnais, que comprendía el español, sospechó que aquello de *yo os diré la verdad*, encerraba algún misterio, y lo interrogó; pero el esclavo, mudo de terror y tembloroso, no pudo contestarle hasta que el pirata le ofreció perdonarle la vida. Entonces, recuperando la palabra: *Señor capitán*, le dijo, *el señor gobernador de la Habana, convencido de que esta fragata tan bien armada era más que suficiente para vencer á la más fuerte de vuestras embarcaciones, me envió en ella para servir de verdugo y colgar á cuantos cayeran prisioneros, con el propósito de intimidar á vuestra nación de tal manera, que en lo sucesivo no se atreviese á aproximarse á estas costas.*

L'Olonnais dijo al esclavo: *Te perdono la vida porque te lo he prometido; y aun te doy la libertad;*¹ y mandó abrir las escotillas, ordenando á los españoles que subiesen uno á uno; y á medida que pisaban la cubierta les cortaba él mismo la cabeza.²

Llevó á cabo esta carnicería él solo hasta llegar al último cuya vida reservó para encomendarle una

carta dirigida al Gobernador de La Habana, en la cual le advertía que había hecho con sus gentes lo que el Gobernador había dispuesto que hicieran con él y con sus compañeros; que podía estar seguro de que cuantos españoles cayeran en sus manos correrían la misma suerte.

La sorpresa que semejante nueva causó al Gobernador se convirtió en asombro cuando supo que veintidós hombres con dos botes habían dado un golpe de aquella magnitud. Fue tal su cólera, que resolvió enviar emisarios á todos los puertos de las Indias para hacer ahorcar los prisioneros franceses é ingleses que en ellos hubiera, en vez de enviarlos á España; pero habiendo llegado semejante

¹ «L'Olonnais, después de hacerle confesar lo que le interesaba saber, le dio la muerte como á todos los demás.»

Buccaneers of America 67.

² «Y después de cada decapitación, chupaba la sangre que chorreaba del sable.»

CHARLEVOIX - *Histoire de St. Domingue.*

Vol. II. pág. 69.



Pécari ó Páquiru

cló en una ría llamada por los españoles *Eserra*.¹ Los aventureros resolvieron atacarlo esa misma noche: salieron por la tarde de su escondite, remaron silenciosa y lentamente, orillando al abrigo de los árboles, y al rayar el día atacaron á tiros de fusil por ambos lados á los españoles. Éstos que no estaban desprevenidos les contestaron el fuego, aunque no los veían, pues los filibusteros habían puesto en tierra, á guisa de trincheras, sus botes, cubiertos enteramente por los árboles. Los españoles tiraban con metralla y hacían grandes descargas de mosquetería sin lograr matar ni herir á ninguno de sus enemigos.

Este combate había durado hasta el medio día, cuando los españoles, sintiéndose muy debilitados, hicieron además de retirarse; los aventureros por su parte, viendo que la sangre corría por los imbornales de la fraga-

¹ Probablemente no era un río de agua salada como dice el texto francés, sino un estero; y nos afirma en esta creencia el hecho de traer el traductor inglés *Eserra* y no *Eserra*.

resolución á conocimiento del pueblo, éste hizo presente al Gobernador que por cada inglés ó francés que caía en poder de los españoles, centenares de éstos iban á parar á manos de aquéllos; que la necesidad de sostener la vida, que les era más cara que las riquezas, los obligaba á navegar, que los filibusteros les robaban, pero les dejaban la existencia; por cuya razón le suplicaban desistiera de su propósito. Esto se supo después por españoles hechos prisioneros por los filibusteros.

Dueño L'Olonnais de la fragata, se propuso tripularla con gente escogida, y para el efecto se dirigió á la Tortuga donde encontró á Miguel el Vascongado, uno de sus compañeros, quien también acababa de hacer una presa considerable á los españoles. En la isla se encontraban dos franceses quienes habían vivido mucho tiempo como prisioneros entre los españoles, y aun se habían casado con mugeres de aquella nación.¹ Como conocían los caminos, y habían perdido cuanto tenían, al caer en poder de los españoles, aconsejaron á los aventureros un desembarco en Tierra Firme para sorprender algunas ciudades. L'Olonnais resolvió acometer la empresa con su amigo el Vascongado conviniendo en que éste fuera jefe de las fuerzas en tierra, y aquél en el mar.

DESEMBARCO DE L'OLONNAIS EN TIERRA-FIRME.
TOMA DE MARACAIBO Y GIBRALTAR.

Decidida la empresa entre L'Olonnais y el Vascongado, hicieron saber á todos los aventureros que tenían un proyecto considerable para que cuantos quisiesen tomar parte en su ejecución se dirigiesen inmediatamente á la isla de la Tortuga ó á Baya-ha en la parte norte de la isla de Santo Domingo.

L'Olonnais había escogido aquel punto para carenar sus barcos y abastecerlos, por la abundancia que en él había de toros salvajes y jabalíes. Á los pocos días contaba con 400 hombres con los cuales se fue á Baya-ha

¹ «En el mes de Julio (de 1666) con 660 hombres en ocho buques, el mayor de los cuales estaba armado de diez cañones de diferentes calibres Apresó después de un combate de tres horas un navío de 16 cañones y 50 hombres, cargado de cacao, 40.000 piezas de á ocho y joyas por valor de 10.000 más. L'Olonnais envió la presa á la Tortuga con orden de descargarla á toda prisa y volvérsela á Saona. Entretanto apresaron otro buque destinado á la Española con provisiones, 12.000 piezas de á ocho para la guarnición y 7.000 libras de pólvora En esta última presa estaban dos franceses que habían vivido como prisioneros en Maracaibo por muchos años; y uno de ellos era práctico de la barra. Esta circunstancia determinó á L'Olonnais y al Vascongado á azaltar aquella ciudad, pues con un buen piloto abordó las dificultades de la entrada desaparecieron. Y los españoles creían que un castillo con 14 cañones y 250 hombres era bastante para protegerla!»

SOUTHBY - *Chronological History of the West Indies* - vol. II. pag. 67.

que era el punto de reunión, á esperar á algunos aventureros más, y á los que pudieran venir de la Tortuga á reunirsele.

Por fin aquella escuadra, compuesta de cinco ó seis barcos de los cuales el mayor, á cuyo bordo estaba L'Olonnais tenía diez cañones, se hizo á la vela con rumbo á Punta Espada, conocida también con el nombre de Cabo del Engaño y situada en el extremo oriental de la isla de Santo Domingo. Desde aquel instante mismo la fortuna se mostró favorable á L'Olonnais, pues encontró y apresó dos barcos, uno de ellos con valioso cargamento, y ambos más grandes que cualquiera de los suyos. El de mayor porte que estaba cargado de cacao fue enviado á la Tortuga para descargarlo y volver cuanto antes á la isla de Saona donde los esperaba L'Olonnais, y donde había apresado el otro cargado de municiones de guerra destinadas á la ciudad de Santo Domingo.

Mr. d'Ogeron que por aquel tiempo era Gobernador de la Tortuga, vio con gran satisfacción aquella presa que valía más de ciento ochenta mil libras, y ofreció sus almacenes á los aventureros para depositar el cargamento, en tanto que el navío que desde entonces llamaron *La Cacaoyera* se aprestaba para unirse á L'Olonnais. Gran número de valientes jóvenes recién llegados de Francia quisieron ser de la expedición y se embarcaron en *La Cacaoyera* con la esperanza de que un solo viaje como aquel podía enriquecerlos. El mismo Mr. d'Ogeron envió dos de sus sobrinos que habían servido en Francia y prometían mucho. Con tan buena carga, el barco se unió en breve á L'Olonnais quien se regocijó grandemente al ver que podía reemplazar con aquellos jóvenes los heridos que había devuelto á la Tortuga, pues los navíos españoles no se habían rendido sin batirse antes con denuedo.

Antes de hacerse á la vela, L'Olonnais pasó revista á la escuadra, y resolvió revelar su proyecto; montó la fragata de 16 cañones y 120 hombres, dio la suya con 10 cañones y 90 hombres á Moisés Vauclin, su segundo; Antonio Dupuis, su compañero, tomó el mando de la otra que llamaron *La Poudriere* (el polvorín) porque estaba cargada de pólvora y otras municiones de guerra, y de dinero para pagar la guarnición; este buque tenía también 10 cañones y 90 hombres. Pedro el Picardo tenía un bergantín con 40 hombres; Moïse mandaba otro con igual tripulación, y había además dos embarcaciones más pequeñas que llevaban cada una treinta hombres. Toda la escuadra consistía, pues, en siete barcos y 440 hombres armados cada uno con un buen fusil, dos pistolas y un sable. Agréguese á esto que ni el valor ni la destreza faltaban á aquella gente.

Pasada la revista, y listos los bar-

cos para hacerse á la vela, L'Olonnais descubrió su propósito de ir á la ciudad de Maracaibo, situada á la orilla del lago del mismo nombre, y saquear todas las poblaciones de las márgenes del lago; y señalando á los dos guías franceses que tenía, uno de los cuales era práctico de la barra que está á la entrada de la laguna, les dijo: *Estos dos hombres responderán con su vida del éxito de nuestra empresa.* Fue unánime la aprobación y todo el mundo prestó juramento de obedecer ciegamente sus órdenes, so pena de perder al regreso la parte correspondiente de botín, lo que se hizo constar en la carta-partida que se extendió y en la que también se fijó lo que debían percibir los capitanes, los heridos y los guías á más de su parte de botín.

(Aquí coloca el autor la descripción de la bahía de Maracaibo y sus dependencias; descripción que hemos publicado ya, con el mapa que la acompaña, en el n.º 18 de EL ZULIA ILUSTRADO.)

Se dio á la vela; y pocos días después desembarcó en la isla de Aruba donde tomó algunas vituallas. Lo hizo así con el objeto de no llegar frente á la Barra del lago sino al rayar el día; para que no viéndose obligado á permanecer en ella mucho tiempo, no tuviesen los españoles el necesario para prepararse. Por la tarde levó el ancla de la isla de Aruba, navegó durante toda la noche y se aproximó á la sonda hasta enfrente de la Barra en donde fue visto por el vigía que hizo al momento una señal al castillo y éste disparó sus cañones para advertir á los de la ciudad la aproximación del enemigo.

L'Olonnais hizo desembarcar su gente con la mayor diligencia; y Miguel el Vascongado se puso á la cabeza para dirigir el ataque. L'Olonnais que quería participar del peligro, desembarcó también; y sin tomar ninguna otra medida, atacaron el castillo, que era de simples gaviones hechos con estacas y tierra, detrás de los cuales los españoles tenían catorce piezas de artillería y doscientos cincuenta hombres.

El combate fue rudo habiéndose obstinado por ambas partes; pero como los aventureros apuntaban mejor que los españoles, los debilitaban de tal modo, que á pesar de éstos llegaron á las troneras, entraron en el castillo, degollaron una parte de la guarnición, y los sobrevivientes cayeron prisioneros.¹

Tan luego como tomaron los ga-

¹ «L'Olonnais desembarcó como á una legua del castillo; una emboscada que había puesto el Gobernador, fue descubierta y acuchillada; luego atacaron el castillo y lo tomaron al cabo de tres horas de combate; sus buques pudieron pasar entonces sin ningún peligro, y lo restante del día se empleó en demoler la fortaleza. A la mañana siguiente se dirigieron con viento favorable á la ciudad donde entraron sin resistencia; pues los habitantes que habían sido ya saqueados una vez por gentes de la misma ralea, buscaron su salvación en

viones L'Olonnais los hizo derribar, clavó los cañones, y sin pérdida de tiempo se dirigió á Maracaibo. Pero aunque esta ciudad distaba sólo seis leguas, los españoles, sabiendo que su castillo no estaba en capacidad de resistir, al primer cañonazo que oyeron embarcaron sus mejores efectos, su oro, y su plata, y huyeron á Gibraltar, no creyendo que los aventureros los persiguieran hasta allá; ó imaginándose al menos que se detendrían á saquear lo que quedaba en la ciudad. Fue lo que sucedió, porque L'Olonnais habiendo llegado á Maracaibo y no encontrando en ella sino almacenes llenos de mercancías y cuevas repletas de toda especie de vinos, se entretuvo en darse buena vida con su gente y en enviar partidas por los alrededores de la ciudad en la cual no encontró gran botín. Sólo cojió gran número de infelices¹ que no habían tenido medio de salvarse por agua; y estos le dijeron que los ricos estaban en Gibraltar. Permaneció tan sólo quince

la fuga*. El Vascongado convirtió la iglesia principal en cuartel, y ocupó las mejores casas de la ciudad, donde encontraron gran cantidad de provisiones, aves de corral, brandy y vinos. Al día siguiente enviaron una partida de 160 hombres á recorrer los bosques en solicitud de botín y prisioneros, partida que regresó por la noche con 20.000 piezas de á ocho, muchas mulas cargadas con valiosas mercancías y veinte prisioneros que fueron sometidos al tormento para que dijese dónde habían ocultado su dinero.»

SOUTHEY — obra citada.

* Charlevoix habla de otro saqueo que sufrió Maracaibo, en 1667, en los siguientes términos:

«El Vascongado seguido por 40 hombres solamente entró de noche á Maracaibo, aprisionó á los vecinos más notables y los encerró en la iglesia principal, avisando luego á sus parientes y amigos que se les cortaría la cabeza al menor movimiento de hostilidad por parte de los habitantes, y si no le entregaban inmediatamente el rescate que se les exigía.»

«Tuvieron que someterse á todo aunque la vida del día puso de manifiesto la escasa fuerza de tan insolente enemigo. En seguida los filibusteros atravesaron la ciudad llevando cada uno en la izquierda una pistola amartillada y en la diestra el sable levantado sobre la cabeza de un prisionero que les precedía en la marcha; y estos desgraciados, después de haber soportado todo género de angustias durante veinticuatro horas, no se vieron en libertad sino después que el enemigo estuvo embarcado y fuera de peligro.»

CHARLEVOIX — *Histoire de St. Domingue*.

Vol. II. pag. 80.

¹ «Entre ellos había mujeres y niños que fueron sometidos á la tortura.

L'Olonnais á quien nada importaba matar diez ó doce españoles, aun á sangre fría, desvainó su sable y despedazó á uno en presencia de los demás diciendo: «Si ustedes no confiesan dónde han ocultado todos sus bienes, procederé con todos de la misma manera.» Bajo el terror de aquellas crueldades horribles y de aquellas amenazas inhumanas, prometió uno mostrarle el lugar en donde los demás españoles se habían ocultado, pero habiéndolo sabido los fugitivos, cambiaron de escondite y enterraron lo que de sus riquezas les quedaba, de tal modo que los piratas no pudiesen dar con ellas sin el auxilio de algún traidor. Entretanto los españoles cambiaban diariamente de escondite, porque era tan grande la desconfianza que tenían unos de otros, que hasta el padre se resguardaba de su hijo.»

Buccaneers of America — pag. 72.

días en Maracaibo después de los cuales resolvió seguir á Gibraltar. Tenía prisioneros que le prometían servirle de guías; pero le advirtieron que los españoles se habrían sin duda fortificado. *No importa*, respondió, *la presa será mejor*. Llegó tres días después de su salida de Maracaibo á Gibraltar donde hay un castillo á modo de terraplén sobre el cual podrían ponerse seis piezas de frente en batería. Los españoles, además, habían hecho gaviones á lo largo de la orilla; y atrincherados detrás de ellos, se burlaban de los aventureros, les mostraban solamente sus pabellones de seda y disparaban sus cañones.

No obstante todo eso, L'Olonnais echó su gente á tierra y buscó el medio de penetrar en los bosques para sorprender á los españoles por la espalda. Pero éstos se habían precavido contra toda especie de ataque ó de sorpresa; hasta habían derribado grandes árboles para cerrar los caminos. Por lo demás casi toda la comarca estaba anegada y no se podía andar sin hundirse en el fango hasta las rodillas.

Cuando L'Olonnais vio que no le quedaba para avanzar sino un solo camino que los españoles le habían dejado, y en el que podían marchar seis hombres de frente. *Valor, hermanos míos* — les dijo — *es preciso apoderarnos de esa gente ó perecer; seguidme y si sucumbo no os desaniméis*. Dicho esto embistió cabeza baja contra los españoles, seguido de todos sus compañeros tan valientes como él. Cuando estuvieron á tiro de pistola del atrincheramiento, se hundieron en la cipa hasta las rodillas y los españoles empezaron á disparar sobre ellos una batería de veinte cañones cargados con metralla. Muchos cayeron, pero las últimas palabras de los que caían no hacían sino reanimar el valor de los demás. *Valor* — decían — *no os acobardéis, vuestra será la victoria*. En efecto, después de muchos esfuerzos entraron por fin en el atrincheramiento. Olvidaba decir que para pasar más fácilmente habían cortado ramas de los árboles con las cuales cubrieron el camino; y de esa manera, dando más solidez al piso, pudieron coronar su intento. Habiendo forzado á los españoles en su primer atrincheramiento, los rechazaron hasta otro en donde los obligaron á pedir cuartel.¹

¹ «Atacaron con impetuosidad y desalojaron á los españoles de su primera línea de defensa; pero les fue imposible tomar la segunda. L'Olonnais empleó entonces con éxito una antigua estratagema: simuló una derrota, y los españoles salieron en desorden de sus trincheras á perseguirlo; cuando los juzgaron á buena distancia de sus baterías, los piratas volvieron caras repentinamente y con tanta intrepidez, que mataron 200 allí mismo, pusieron en fuga á los demás, y apoderáronse del reducto, ofreciendo cuartel á los que en él quedaban. Como 500 españoles perecieron, 150 cayeron prisioneros, además de 500 esclavos entre los cuales había muchas mujeres y niños. De los filibusteros murieron 40 y quedaron heridos 80, la mayor

De seiscientos que eran quedaron cuatrocientos muertos y cien heridos. Los aventureros perdieron por su parte cien hombres entre muertos y heridos. Los oficiales españoles perecieron casi todos en aquella ocasión y entre ellos el más distinguido fue el Gobernador de Mérida, gran Capitán que había servido bien al Rey católico en Flandes. L'Olonnais y el Vascongado tuvieron la fortuna de no ser heridos; pero pasaron por la pena de perder á muchos valientes compañeros, lo que fue causa de que, para vengar la muerte de aquéllos, hicieran mayor carnicería entre los enemigos.

L'Olonnais, después de esta victoria, habiendo puesto todo en orden, no pensó sino en acumular botín. Envió partidas á los alrededores de Gibraltar para buscar el oro y la plata que los españoles habían escondido en los bosques; y daban tormento á los que reclutaban ó hacían prisioneros, para hacerles declarar en dónde estaban sus tesoros. No contento L'Olonnais con aquel triunfo, quería avanzar por tierra hasta Mérida que está á cuarenta leguas de allí; pero no siendo de aquella opinión sus compañeros, no insistió.

Los aventureros permanecieron allí seis semanas; y viendo que ya no encontraban nada más que saquear, resolvieron retirarse, lo que se hubieran visto obligados á hacer tarde ó temprano, porque principiaban á resentirse del mal olor que exhalaba la sangre derramada y los cuerpos muertos, que sólo estaban á medio enterrar; y aun ese mismo cuidado lo habían tenido solamente con los que estaban próximos á ellos, pues habían dejado los otros entregados á las aves y á las moscas.

Los soldados que no tenían bien curadas sus heridas, se vieron atacados por la fiebre, sus llagas se abrían de nuevo y morían de repente. Las enfermedades obligaron, pues, á L'Olonnais á retirarse antes de lo que pensaba; pero antes de su partida hizo saber á los principales prisioneros, tenían que pagarle rescate por aquella villa, y que si no, la reduciría á cenizas. Los españoles discutieron el asunto: algunos opinaban que no se debía pagar nada, porque eso sería acostumbrar á aquella gente á hostilizarlos sin cesar; los otros eran de la opinión contraria. Mientras que discutían entre sí, L'Olonnais hizo embarcar su gente con todo el botín; después de lo cual volvió á insistir sobre el rescate; por último, viendo que los españoles no habían resuelto nada, hizo pegar fuego á los cuatro lados de la villa que en menos

parte de los cuales murieron al fin de sus heridas. El botín no correspondió á las esperanzas de los piratas, y las provisiones escaseaban: en el trascurso de 18 días, casi todos los prisioneros murieron de hambre, y muchos perecieron en el tormento!»

SOUTHEY — obra citada.

de seis horas fue consumida.¹ En seguida notificó á los prisioneros que si no hacían venir cuanto antes el rescate de sus personas al punto á donde iba á conducirlos, tenían que prepararse á recibir ellos mismos igual trato. Le suplicaron que dejase ir á uno de ellos para tratar ese asunto, mientras los otros quedaban en su poder como rehenes, lo que les concedió.²

Pocos días después L'Olonnais volvió á entrar á Maracaibo en donde dio á sus prisioneros la orden de hacerle traer quinientas vacas gordas, para abastecer de nuevo sus barcos. Lo hicieron prontamente los españoles creyéndose libres con eso; pero se convencieron de su error cuando les exigió además el rescate de la ciudad, dándoles solamente ocho días para pagarlo y jurándoles que, vencido ese lapso, la reduciría á cenizas como lo había hecho con Gibraltar. Mientras que los españoles procuraban reunir el rescate que L'Olonnais les pedía por su ciudad, los aventureros demolían las iglesias, embarcaban los ornamentos, los cuadros, las esculturas, las campanas y hasta las cruces que coronaban los campanarios, para llevarlo todo á la isla de la Tortuga, donde tenían el propósito de construir una capilla. No había trascurrido aun el tiempo fijado á los españoles por L'Olonnais para entregar el rescate, cuando se lo trajeron; tan desesperados estaban por salir de semejantes huéspedes

Pagado el rescate de la ciudad y no viendo los aventureros más nada que cojer, saquear ó destruir, resolvieron al fin marcharse³ y á los pocos días llegaron á la isla de Vaca donde se habló de repartir el botín; pero

¹ «Después de haber estado en posesión de la ciudad durante cuatro semanas, enviaron cuatro de sus prisioneros á los bosques para que notificasen á sus conciudadanos, que si dos días después no pagaban 10.000 piezas de á ocho, la ciudad sería entregada á las llamas. Vencido el término, le pegaron fuego por varias partes á la vez; pero atendiendo á reiteradas promesas de que se pagaría el rescate, ayudaron á los españoles á dominar el incendio. Una parte de la ciudad quedó abrasada sin embargo, y la iglesia perteneciente al monasterio quedó completamente destruida.»

SOUTHEY - obra citada.

² Después de la toma de Gibraltar - dice el traductor inglés de Exquemeling - los piratas metieron á los españoles muertos en dos grandes barcas que hicieron zozobrar á un cuarto de legua fuera del puerto.

En la misma obra, al hablar de los prisioneros que murieron de hambre en aquella villa, se lee lo siguiente: «á los prisioneros sólo les daban pequeñas raciones de carne de burro ó de mula; y casi todos ellos, no pudiendo resistir semejante alimento perecieron. Tan sólo algunas mugeres eran mejor alimentadas, porque las reservaban para sus placeres; entre ellas, unas habían sido violadas, otras se habían entregado por no morir de hambre.»

³ «Tres días después (de haberse ido los filibusteros) los infelices habitantes se alarmaron de nuevo al verlos regresar; pero L'Olonnais necesitaba solamente un práctico que sacara fuera de barra los buques mayores. En el acto se le envió uno, y partieron definitivamente, después de haber permanecido dos meses en ambas ciudades.»

SOUTHEY - obra citada.

como no todos estaban en esto de acuerdo, no hicieron la partición hasta Gonaives, en la isla de Santo Domingo. Todos se congregaron y L'Olonnais y los capitanes juraron según costumbre que no habían ocultado nada, sino que por el contrario lo traían todo sin reserva para ser dividido entre los aventureros que por igual habían arriesgado su vida por la causa común. Los demás de la armada, hasta los muchachos de quince años, se vieron obligados á hacer lo mismo.

Después de reunido todo, se encontró que, contando solamente las joyas y la plata rota y valuada en diez escudos la libra, había 260.000 escudos, fuera del pillaje que bien valía cien mil escudos, y sin contar lo destruido que ascendía á un millón, tanto en iglesias arruinadas como en muebles rotos y buques quemados; y uno entre otros cargado de tabaco que habían cojido y traído consigo, que L'Olonnais montaba y valía por lo menos cien mil libras.¹

Antes de la partición se dieron las recompensas prometidas á los heridos, á los estropeados y á los cirujanos.

Los esclavos que formaban parte del botín fueron vendidos en almoneda, y el dinero que produjo su venta se dividió también entre las tripulaciones; de modo que todo el mundo quedó contento. En seguida se hicieron á la vela y llegaron á la Tortuga.

Mientras les duró el dinero, nuestros aventureros se dieron buena vida, todo era entre ellos bailes, festines, regocijos y protestas de mutua amistad. Algunos afortunados en el juego, ganaron además sumas considerables, y se marcharon á Francia con el propósito de comprar mercancías y negociarlas á su regreso, como muchos otros á quienes habían visto especular con sus compañeros, vendiéndoles vino y aguardiente; licores que gustan á aquella gente en extremo, y por los cuales darían lo más querido que tienen. De tal modo que á los taberneros y á las mujeres de mala vida les tocó la mejor parte. El Gobernador también tuvo la suya, porque compró el cargamento de cacao con el barco que L'Olonnais había apresado, lo hizo cargar con la misma mercancía, y lo envió á Francia, ganándose en la operación ciento veinte mil libras después de cubiertos todos los gastos. Merecía el Gobernador esa ganancia más que cualquiera otro, porque había arriesgado todo su caudal y perdido sumas considerables, por sostener la colonia. Por otra parte le gustaban los hombres honrados, los favorecía sin cesar y no les dejaba nunca carecer de nada.

¹ Libras francesas equivalentes á tres francos cada una.

INFORME

PRESENTADO AL PODER EJECUTIVO DEL ESTADO POR EL GENERAL W. BRICEÑO MÉNDEZ, SOBRE LA EXPLORACIÓN DE LA REGIÓN CARBONÍFERA DE TULÉ Y LOS DEPÓSITOS DE PETRÓLEO, BETUNES, ASFALTOS Y CARBÓN QUE CONTIENE EL ESTADO.

(Continuación.)

En presencia de estos datos, no creo aventurado asegurar que en esa parte del territorio del Estado, circunscrita por la Sierra de Tulé, el río del mismo nombre, la Sierrita del Guasual y una línea prolongada al Noroeste, desde la extremidad de esta Sierra hasta la de Tulé, existe una formación carbonífera, que ocupa aproximadamente una superficie de trescientos kilómetros cuadrados.

Tres de esos filones de carbón se mantienen en constante combustión, sin que pueda saberse la época en que ésta principió, ni las causas que hayan podido producirla. El primero se encuentra situado en la barranca derecha del caño del Algibe, á poco más de un kilómetro de los ranchos del Guasual. No despidе humo ni llamas, y su estado de combustión se revela solamente por la elevada temperatura que se siente al acercarse al lugar. Los prácticos que me acompañaban me aseguraron que en más de una ocasión habían cavado allí y encontrado á poca profundidad el carbón hecho ascuas. Esta circunstancia y la de no despidе humo ni llamas, revela que la combustión es sumamente lenta por la escasez de aire atmosférico que la alimenta. Aunque el filón de carbón se prolonga más allá de la quebrada, no se percibe indicio alguno que revele su combustión; de manera, que el incendio se encuentra limitado por la quebrada y el río Tulé. Examiné el terreno hasta el río, en la dirección del filón incendiado, pero no encontré abertura ó hueco que pudiera dar entrada al aire indispensable para la combustión.

El segundo filón incendiado está sobre la barranca izquierda del río Tulé, como á seis kilómetros de los ranchos mencionados. Á la altura de cinco ó seis metros sobre el agua del río, se percibe entre dos lajas de arenisca una pequeña grieta de setenta centímetros por veinte en su mayor anchura, la cual despidе humo constantemente. Á derecha é izquierda de esta grieta hay otras dos más pequeñas que no despiden humo; pero sí un calor bastante intenso, que revela la actividad de la combustión interior. Los prácticos me aseguraron que por esas grietas suelen salir llamas, cuando llueve ó crece el río; pero no percibí señales exteriores, ni aun en la cavidad de la grieta principal, que corroborasen esa asección. Llaman á este lugar el Infernito.

El tercer filón incendiado se encuentra inmediato á la sierra en la barranca de Caño de Agua y á poca distancia del río Tulé. Despidе humo constantemente y con frecuencia arroja llamas, cuyo resplandor me han asegurado que suele percibirse, en las noches serenas, desde algunos establecimientos pecuarios, favorablemente situados á quince ó veinte kilómetros al Oeste de esta Capital. Concurren muchas circunstancias para creer que fue éste el fenómeno con que tropezaron los granaderos de El Moján, en la exploración que dejó referida al principio de este informe: de manera que, después de un transcurso de más de cuarenta años, esa mina de carbón se encuentra en el mismo estado de activa combustión en que estaba cuando dio origen al rumor sobre la existencia de un volcán en aquella parte del territorio.

(Continuará.)